

## Vestida y alborotada

Armando Hugo Ortiz G.

Para Armando Castillo

**L**a fe de bautizo es de 1929, febrero 10. A su paso por Villa de Guadalupe le llamaron «La Carretera». En realidad, camino vecinal para llegar a Cadereyta Jiménez. Luego se le conoce como avenida Victoria, después Margarita Maza de Juárez y hoy, 1996, Benito Juárez.

Por años punto de referencia para fuereños y lugareños del casco municipal de la Villa, la casa de fulano o el negocio de mengana, no tiene pierde, está a tantas cuadras de la Carretera. Todo hacia el sur de ella, caminar en sentido opuesto, al norte, conducía a la rivera del río Santa Catarina, selva de carrizo y janillas.

Cómo no ufanarse de la Carretera. Hecha con toda la mano, un highway al estilo gringo, terracería, revestimiento y alcantarillado. Cosa insólita en los años treinta para un pueblo con muchos resabios del siglo anterior, donde la mayoría de los vecinos utilizaban agua de noria y excusado de pozo.

La Carretera fue la puerta grande del pueblo, la principal. Sustituyó a la entrada primitiva, por el rumbo del Parque España, en una parte baja del río que desde el siglo XIX se utilizaba pasando por la Santa Cruz y de ahí al centro antiguo. Ésta se degradó a puerta trasera.

Los escolares guadalupenses de los años 50' se henchían de orgullo cuando el profesor ordenaba señalar en el mapa de México o Nuevo León, el segmento de la carretera interoceánica Matamoros-Monterrey-Mazatlán, punto intermedio: la Villa. Ya no era un camino vecinal para facilitar el traslado de las cosechas de los municipios aledaños, se extendía del Golfo de México al Océano Pacífico, de costa a costa.

Iniciaba con un vado en los límites de Monterrey, inmedia-to a la Fundidora de Fierro y Acero carretera expuesta a las veleidades del río Santa Catarina, que en sorpresivas corrientes arrasaba placas de concreto del pavimento. En tiempos de agua no podía fallar el automóvil descompuesto a medio cami-no; bobina y distribuidor mojados. Las parvadas de chamacos empujando al náufrago hasta la orilla, pidiendo a gritos la propina por el rescate, el «puche».

Si la corriente venía brava los muchachos se entretenían en observar, con morbo y curiosidad a los chofis de los camiones atravesando el río casi a tientas, pues la vía asfáltica estaba bajo el agua. Cuatro o cinco cruces diarios les daban la práctica para hacerlo a ciegas.

Salvo días de aguaceros, decenas de regiomontanos tomaban la Carretera rumbo a los paseos dominicales. La algaraza de los paseantes enmudecía al entrar a la Villa, respetuoso homenaje a los finados, inquilinos en el Panteón Municipal. Hoy saturado, reservaciones agotadas hasta el día del Juicio Final.

Ya de este lado, recepción en el arco del Paraíso, colonia de ese nombre, bienvenida al viajero tentado su gula con aromas de molienda, dulces de calabaza, tamales recién cocidos. Sitio ideal para un tentempié si el viaje fuera hasta Reynosa o más allá.

La mayoría sólo llegaba a sitios más cercanos: el balneario de la Fuente (se alquilan trajes de baño) la calle Zaragoza rumbo a la Pastora, la Ciudad de los Niños, para conocer el recién inaugurado teleférico en 1961; tal vez a la Feria de la Pla-

za en agosto, no más, a ver si en una de tantas vueltas el galán pegaba el chicle con alguna dama.

A la hora de estar echando rayas en el plano —principio de los 30'— los ingenieros constructores evitaron invadir la Villa. La Carretera se fue por el norte de la cabecera municipal. Una modesta urbanización brotó de sus márgenes; algunas cuadras con edificios de medio pelo empezaron a ralear por colonias aledañas, Esmeralda, Paraíso, en el extremo oriente la colonia Guerra.

*En Villa de Guadalupe / estado de Nuevo León / ha muerto Ventura Ramos / lo mataron a traición.* Por el año de 51 en el barrio del Tajo, próximo a la colonia Paraíso se fueron asentando cantinas, accesorias, casas de citas y salones que formaban una difusa zona de tolerancia. En uno de esos salón-cantina fue asesinado Ventura Ramos, afamado valiente de Agualeguas. En apariencia quedó irresuelto el crimen, pero un verso de su corrido todavía acusa: *Vuela vuela palomita / párate en aquel nopal / anda a avisar a Agualeguas / que lo mató Félix Leal.*

Las quejas de los vecinos por tantos escándalos y hechos de sangre aumentaron, la autoridad decidió reubicar los negocios non sanctos en el extremo de la mancha urbana. Arrinconado contra el río vegetaba ese sitio al que iban los muchachos buenos en pos de las muchachas malas, las de tacón dorado, las rorras. Dicho llanamente con las putas del legendario barrio del Pozo, la zona de tolerancia con decenas de radiolas repitiendo día y noche, hasta rayar los discos, voces plañideras de Juan Salazar (*Corona de azahares*), Chelo Silva (*Como un perro*) o el dúo siempre imitado, nunca igualado, de Tomás Ortiz y Eugenio Abrego, los Alegres de Terán.

Los acordes musicales y los gritos de coyote de los parran-deros llegaban hasta los carrizales donde los mocosos se divertían cazando ranas; los más audaces hurtando naranjas o elotes de las huertas y labores ribereñas.

De nuevo la mancha urbana ahogó esta zona de tolerancia y fue clausurada en la administración del alcalde de Guadalupe Adrián Yáñez en 1961.

Por la Carretera, más allá de la bajada al Pozo estaba la Unión Ganadera Regional, término de viaje de los camiones ruta 26, Hospital Civil-Exposición. Término también de la civilización. De ahí en adelante la aventura.

A inicios de los años 70' el puente Guadalupe sustituyó al endeble vado. Hasta la fecha el río no ha podido derribar sus columnas de concreto, ni aun con el fatídico coletazo del huracán Gilberto en 1988.

Al abrirse el puente se daba a la par, en el país, la transformación del modelo económico, del desarrollo estabilizador de Díaz Ordaz al desarrollo compartido de Echeverría Alvarez.

La Villa se cansó de su modestia pueblerina, quiso cambiar su morralito por una bolsa de broche; ser una gran señora. Concedido, desde 1972, por decreto, serás doña Ciudad Guadalupe.

Poco después se edificó el puente Corregidora, enlace entre la Carretera a Reynosa y la de Miguel Alemán. Se les acabó el pretexto a los afrentosos de las colonias Linda Vista y Libertad que, so pretexto de la incomunicación con la cabecera municipal, se sentían más regiomontanos que guadalupenses.

Con la inauguración del puente desapareció un par de lunares de la orilla de la Carretera: el rastro municipal y los establos de la Hacienda la Pastora, con ello emigró la pestilencia a estiércol de vaca y a hueso quemado, que llegaba hasta las oficinas de la presidencia municipal.

La incertidumbre de la comunicación fue eliminada a partir de esa década y aceleró la creación de nuevas colonias al oriente del municipio, hoy son más de 300. El índice de crecimiento demográfico rompió marcas mundiales. Con él se potenció el tráfico vehicular. Una de tantas imprevisiones de los planeadores: para entrar y salir de los flamantes retornos habitacionales sólo hubo una rúa, la Carretera.

La insuficiencia de la avenida Margarita Maza de Juárez, por esos años así se llamó suscitó optimismo-pesimismo entre sus moradores; tarde o temprano forzosa remodelación, una supercarretera de seis, ocho, diez carriles, fisonomía modernista. Otra vez orgullo de Ciudad Guadalupe. Por lo negativo, desánimo para hermopear inmuebles, reconstruir, mucho menos edificar a lo grande; para qué, en cualquier momento el anuncio de la magna obra y sus consecuencias fatídicas: mutilación del predio, indemnización miserable, exilio a sepa Dios cuál colonia orillera. Para qué echarle dinero bueno al malo.

Entre el desinterés y la codicia la contaminación edificaba con paciencia su obra negra, las fachadas se cubrían de hollín vomitado por infinidad de motores de vehículos, 24 horas al día. Aun así, el futuro bien valía el sacrificio.

Un buen (o mal) día la noticia: los urbanistas decidieron construir vías alternas para el tráfico foráneo de Ciudad Guadalupe, la autopista de cuota Monterrey-Reynosa y para circulación local la avenida Ignacio Morones Prieto, ambas al norte de la Carretera, inquilinos y propietarios suspiraron de alivio: Bueno, nos salvamos de la contaminación. Nones, hermanos; los planificadores del Sistema Metropolitano de Transporte decidieron que el tramo final de la Línea Uno, Palacio Federal-Exposición, quedara sobre la mera mera Carretera. Le cayó justo a la medida el albur que estuvo de moda en 1989, a mitad de calle le metieron el Metro.

(Fragmento de un escrito de enero 1989)

«Compadre:

Si en verdad es como escribes, que luego de tantos años tienes deseos de darte una vuelta por Villa de Guadalupe, hazlo, mas te prevengo que si llegas por la carretera, viniendo de MacAllen te será imposible entrar directo a la calle Zaragoza; están construyendo las columnas del Metro y el barrio es zona de desastre. Desde la Expo hasta el puente Corregidora plantan las estructuras y poco a poco se borra el camellón.

Un letrero de la obra AYER UN SUEÑO HOY UNA REALIDAD, me puso a recordar, tuviste razón en tu augurio de la fatal desaparición del barrio en breve plazo.

Aunque apenas son las primeras etapas del Metro ya se percibe la futura incomodidad. Las moles de concreto robaron carriles a la ya de por sí apretada calle. Serán diez o doce cuerdas por donde pase el tren elevado, algunas de las tantas víctimas de la explosión urbana.

Caminando por el rumbo flota la atmósfera que rodea al agónico, sitio de una extraña tranquilidad. La circulación automotriz se desplazó a las desviaciones aledañas y con ella se fue también la contaminación auditiva y atmosférica. Toneladas de tierra de las excavaciones cubren la costra de aceite y cochambre que por años depositaron carros y camiones. Por momentos revive la calma pueblerina, cuando era posible dormir en la modorra de las tardes otoñales.

Sirve de poco consuelo saber que nuestra calle no será la única, que muchas otras resentirán el latigazo de la falsa modernidad. Es difícil despojarme del corrosivo agridulce de la nostalgia. ¿Qué se puede hacer? Nada, ni modo de alegar para nuestras casas de juventud algún valor histórico; aunque así fuera, el autoritarismo gubernamental ha arrancado con implacable eficiencia reconocidos testimonios históricos. ¿Qué hacer? sólo un último paseo por estos rumbos. Decídete, hermano, creo que para nuestra generación empezó el tiempo de las despedidas».

Las esperpénticas columnas y dovelas del Metro aplastaron todo embellecimiento futuro como cagajones de algún gigante, quedaron varias moles de concreto; Palacio Federal y tres terminales del tren elevado. Recuperar la majestad que una vez tuvo la Carretera implicaría una catástrofe, bombardeo o sismo. Ni pensarlo.

La Avenida, orgullo de Guadalupe hace cuatro décadas, es hoy insulto para el viajero, señal de que apure su paso por esta callejuela ingrata, de fisonomía indefinida. No es área de co-

mercio o de industria, ni zona roja ni rosa, tampoco barrio residencial o popular. A lo mucho, un masacote urbanístico cuyo rasgo común es el tono gris smog de sus construcciones.

Para remachar el Metro le balconeó por arriba otro matiz desagradable. Todo mundo procura cuidar la fachada de su casa vista a ras de tierra. Por arriba no hay manera de disimular o hermosear las azoteas a donde se arrojan todo tipo de cacharros y trebejos. Desde los vagones del tren elevado se enriquece lo patético del barrio.

La autopista de desfogue rápido no funcionan por sus exorbitantes cuotas de paso; los transportistas foráneos siguen utilizando la sexagenaria carreterita, al mismo tiempo paso único para cientos de colonias al oriente del municipio.

De día pulula de gente sólo por la necesidad de arreglar algún trámite en las oficinas municipales, o de paso hacia colonias populares del oriente y que aprovechan para comprar algo de despensa semanal, en la única supertienda del casco de Guadalupe, penúltima estación del Metro.

De noche el paisaje se transforma en película de ciencia-ficción, tipo Mad Max. Los graffiti aparecen en los sitios más insólitos, como las partes altas de las columnas del Metro. Escupitajo de las generaciones perdidas de los 80'.

La única fauna a sus anchas los fines de semana es la de noctívagos, asiduos a los salones de baile. Hasta principios de los noventa se apacentaban por miles en los pasillos de la Exposición, cuando los bailes maratónicos de los monopolios gruperos de Servando Cano y Oscar Flores. Por ahí amanecían interpretando sus éxitos Rigo Tovar, la Sonora Santanera, Ramón Ayala, los Tigres del Norte, Bronco, los Humildes y otros monstruos de la música popular.

Con el arribo a la administración municipal del Partido Acción Nacional en 1994, se cortaron de tajo estos reventones, para desgracia de los bailadores y para gracia de los vecinos que habitan los alrededores de la Expo, que los fines de semana, luego de la noche en vela, amanecían sepultados entre to-

neladas de botes vacíos de cerveza y un insoportable tufo a vómito y orines.

Hoy en 1996, sólo transitan parvadas de muchachos rumbo a los saloncitos de baile –cercanos a la Carretera– que sobrevivieron a la embestida moralista del PAN. Estudio 54 o al Elizondo.

El Armadillo (donde antaño estuvo el balneario la Fuente), es el sitio de baile más veterano. Ahí los muchachos han sido devotos fanáticos de las modas que han imperado. Fueron Mexican Travolta cuando la euforia de las discotecas, después guacharacos cumbieros, maestros en el baile de gallito, acólitos de los Corraleros del Majaguay. En los ochenta, réplica de los héroes de la onda gruperera, El Pipiripau y Sergio el Bailador, amos del baile jala'o.

Hoy todo es mezclilla, sombrero emplumado, botas exóticas. Se sincronizan por decenas en los desplazamientos tribales de la música country. En los intermedios compiten en el toro mecánico, hasta las chicas son duchas para sostenerse por varios segundos en el aparato.

Se sienten atejanados aunque su fortuna no les alcanza ni para adquirir un caballito de palo. Son vaqueros de pacotilla porque es la moda actual. Mañana, quién sabe.

Fuera de ellos nada sólo casas abandonadas, en semide-rumbe, un muestrario fúnebre de materiales de construcción, sillar, bloques de argamasa, madera en destrucción, ventanales oxidados, una que otra puerta de aluminio precozmente senil. Letreros añorosos de SE VENDE testimonian la mísera plusvalía de la zona.

Comercios y maquiladoras improvisadas sobre edificios viejos, descuidados, con aire de contingencia, esperando el momento de la mudanza, hasta los teporochos desairan la avenida. Sólo algunos valerosos vecinos resisten en la última trinchera de sus casas-habitación.

La avenida Benito Juárez, por siempre Carretera, es hoy perra flaca a la que le cayeron todas las pulgas, apaleada por

arriba, por abajo, por enmedio, por delante, por detrás, por enmedio, por los lados. Creyó en el Príncipe Azul de la Modernidad, impostor que la dejó vestida y alborotada, preñada de miseria.

Mala suerte. Carretera, a ver si en la otra.

WW.ca.com/ crews. Las hiperdiversas navegaban los rescoldos del fisco y de las prestaciones más afines del rosario de los servicios públicos interactivos con la realidad virtual del mundo. Los riesgos de inquisiciones institucionales, en los que las sofisticaciones del multimedios interactúan en una clave patris, cuyos jazmines y rebocos son tan mandados como un CR-ROM. De aquí en adelante, todo puede ser computable, hasta aquello que no pueda serlo.

### New Line, New Media

El shock de la cultura y la cultura del sock. Si en un momento determinado las aproximaciones apodíficas a la realidad –con partido comunista y comunistadas de base de por medio– concluyeron que la utopía puede ser real, que los sueños se trasladan a la realidad, todo lo demás es sólo ejercicio de hacerle a los conacules de las puertas de los hoteles. El efecto, así es, pero a la realidad virtual. En las rancherías más viejas, no es menos sorprendente que el amor –se hagan por medio de computadoras– se haga como hacerlo. Es fácil, si ya hizo.